

1.52/424

1-384



Otra carta abierta

Miguel de Unamuno a Nuño
Febrero: Salud, paz, verdad
y serenidad

Debo contestar, mi buen amigo Nuño Febrero, a la noble carta que en el número del 16 de este mismo mes de abril me dirigía usted en estas mismas columnas. Y debo contestar a ella, aunque lo más esencial de lo que voy a decirle lo he dicho ya a mi público, que es mi único partido. Es decir, que no es mi partido. Porque ni soy, ni he sido, ni he querido nunca ser hombre de partido. Pues para soldado de uno cualquiera de ellos no sirvo, y para jefe menos. Y vamos al caso.

Me dice usted que mi actuación en la vida pública adolece del grave defecto de ser interpretada torcidamente, y que yo no deshago ese equívoco. ¿Qué equívoco? Y lo estoy deshaciendo de continuo.

La juventud me rodeó, según estoy, creyéndome antimonárquico, enemigo de la realeza. Y creyó bien y enemigo de la realeza — y muy en especial de la del momento — soy. Ni yo he dicho nunca que sea monárquico. Como no sea en el sentido en que usted mismo, y todos los españoles que no quieran ponerse desde luego fuera de la ley, tienen que serlo. Como todo francés tiene que ser, quiéralo o no, republicano. La monarquía es aquí el hecho y hasta los que tratamos de cambiarlo tenemos que tomar el hecho. ¿Qué otra cosa significa el que los diputados republicanos y los socialistas acudan al Congreso y prometan lo que prometen al posesionarse del cargo representativo?

No sé de dónde saca usted que el combatir a la persona que ocupa el trono no combata al trono mismo, como si yo tuviese algún otro candidato para él. Lo que hay, amigo mío, es que procuro ver y sentir los problemas políticos históricamente, en concreto, y no ideológicamente, y que eso de la monarquía en sí, como categoría, me interesa muy poco. Y no quiero perder el tiempo en disertaciones escolásticas sobre las formas de gobierno. La historia es historia y no sociología.

Usted parte, mi buen amigo, del supuesto de que yo fui a Palacio a someterme, a ofrecerme a la dinastía o al dinasta, y sobre esto me parece haber hablado bien claro. Usted habla de mi defección. ¿Defección de qué? En otro pasaje de su Carta Abierta deja entender que traición. ¿Traición a quién o a qué? ¿A quién he traicionado?

Me impone presa de una «amarga tribulación», y no hay tal cosa. No he pasado por tribulación ninguna. Y veinte veces que volviera a encontrarme en las circunstancias en que me encontraba el día en que acudí a la llamada de Palacio, otras veinte veces que volvería a hacer lo mismo.

Acaba usted pidiéndome que «encuentre el verdadero camino». ¿Pero qué camino? ¿El mío o el de los demás? Mi verdadero camino creo haberlo encontrado, y es el que, entre aplausos y rechiflas, entre elogios y censuras, vengo siguiendo. Es el camino de hacer opinión liberal, franca y netamente liberal, y fuera de todo partido político. Que, se lo repito, ni sirvo para partidario, ni menos para jefe de partido.

¿Si yo, amigo «Nuño Febrero», cometiese, traicionando a mi obra, la torpeza de declararme jefe de un partido político, a título de qué iba luégo a rechazar a los que vinieran a ofrecérselo? Y tendría que hacerlo con muchos.

Cuéntase de Proudhon, que como en cierta ocasión se juntaran unos cuantos de los influidos por sus escritos declarándose proudhonianos, se volvió a ellos, y dijo: «Conque proudhonianos,

¿eh? ¿Pues yo no!» Porque Proudhon sabía que los proudhonianos acabarían con él, y lo que importaba más, con su obra, con su verdadera obra.

Le agradezco, mi buen amigo, lo de «tu duca, tu signore, tu maestro», pero fuera de partidos, por Dios, fuera de partidos, que no son sino sindicatos de electorería. Y si esa juventud que usted dice que me rodea, y a la que no hay que confundir, ¡claro está!, con el público tauromáquico que acude a oír mis discursos como el que va a la plaza de toros a ver si hay «hule» y a vocear desde el tendido, y lejos de todo riesgo, si esa juventud, a la que estoy agradecido, quiere avalorar mi obra, medios tiene de hacerlo. Y el primero y el mejor úntese a mi propaganda con algo más que con su aplauso. Lo que no supone, por supuesto, hacerme jefe de partido.

Y ahora, amigo mío, voy a pensar en todo lo que puede hacer la Liga Española de los Derechos del Hombre.

Miguel de UNAMUNO.

